

## Honremos su memoria saboreando el delicioso relato hagiográfico recogido por J. López Mellús

Según la tradición los padres de Ildefonso, que se llamaban Esteban y Lucía, eran estériles. Vivían en la noble ciudad de Toledo. Lucía, un día que se encontraba sola, pidió con fervor a la Virgen María que le concediera un hijo y que ella lo consagrara al culto de su Hijo y a la propagación de sus virtudes. La buena esposa fue escuchada y el Señor les concedió poco después este niño a quien le pusieron el nombre de Ildefonso, que fue todo un presagio ya que significa: «Dichoso, feliz», y todo esto sería Ildefonso, y los haría a los suyos. Fue a finales del s. VI. Así lo presenta el primer poeta de la lengua española, Gonzalo de Berceo: «En Toledo la buena, esa villa real,/ que yace sobre el Tajo, ese río caudal,/ hubo un arzobispo, coronado leal,/ que fue de la Señora amigo natural». Fue educado en las verdades cristianas y, sobre todo, Lucía infundió en el corazón del pequeño Ildefonso una tierna y filial devoción hacia la Virgen María, de la que después sería un gran paladín.

Así lo retratan los biógrafos de la época: «Era de gran estatura, temeroso de Dios, grave en el andar, muy religioso, modesto, afable, piadoso y siempre complaciente menos en el pecado; favorecido con muchas gracias e inteligencia, elegante en la expresión, persuasivo en la predicación, celoso por la salvación de los hombres y entregado al amor de Dios y a la Virgen María».

Sus padres, pensando en que recibiera la más esmerada educación, lo enviaron al lado de su tío Eugenio, que después sería santo y arzobispo de Toledo. Al lado de aquel santo y gran pedagogo supo caminar con pasos de gigante en la línea de su propia formación, en la sabiduría y en la santidad. San Eugenio, no sabiendo qué más enseñar a su sobrino, lo envió a Sevilla para que se formara en la escuela que con tanta fama estaba dirigiendo allí san Isidoro. Pronto se ganó la simpatía y el querer de todos. Fue la admiración por su inteligencia y por su corazón. Todos querían estar a su lado porque respiraba virtud por todas partes. Delante de él nadie podía criticar ni hablar de cosas insulsas.

Después de doce profundos años de estudios en todas las ramas del saber de su tiempo, volvió a su patria de Toledo. Su padre tenía puestos sus ojos en él y confiaba en que muy pronto sería uno de los hombres más influyentes

de la ciudad. Quiso que entrase a formar parte de la vorágine de la juventud y a tratar con las familias más acomodadas o famosas de la ciudad. No pensaba lo mismo Ildefonso, ya que pronto le manifestó a su padre sus propósitos de entregarse al Señor. Un día huyó de la ciudad y se dirigió a Agali, donde había un monasterio de monjes, y pidió ser admitido como religioso para entregarse al Señor y a la Virgen María. Pronto lo nombraron abad del monasterio como sucesor de Deodato. Por más resistencia que puso, no pudo evitarlo. En este cargo obró maravillas que cantaron poetas de nuestra literatura, como Berceo y Lope de Vega.

El año 657 moría su tío Eugenio, dejando vacante la sede arzobispal de Toledo. Su sobrino estaba tranquilo en el monasterio de Agali, pero el clero, el pueblo y el rey le eligieron para sucederle en tan alta dignidad. Por más que se opuso, no pudo evitar el cargar con aquella cruz y servicio que el Señor le encomendaba. Fue consagrado obispo el 26 de noviembre del 657. Fue siempre un gran padre y un celoso pastor de las ovejas que el Señor le había encomendado. Trabajó con gran celo por extender la fe y las buenas costumbres entre el clero y los fieles. Escribió tratados maravillosos como el *Tratado sobre el bautismo* y *Caminando por el desierto*. Sobre todo

fue famoso el de la *Perpetua Virginidad de María*. Lo escribió para rebatir a los herejes que habían negado la virginidad de María. Se profesa con ardientes palabras fiel esclavo de la Señora: «Concédeme, Señora, servirte a ti y a tu Hijo, ser el esclavo de tu Señor y tuyo. Suyo, porque es mi creador. Tuyo, porque eres la Madre de mi Creador. .. Soy, por tanto, tu esclavo, pues tu Hijo es mi Señor y tu eres mi Señora». Como premio, la Virgen María se le apareció y le entregó una casulla. Así lo canta Berceo: «Hízole una gracia, cual nunca fue oída,/ dióle una casulla, sin aguja cosida,/ obra era angélica, no ,de hombre tejida,/ hablóle pocos verbos, razón buena cumplida», milagro inmortalizado en los cuadros de Murillo, Velázquez, Rubens y Jordan.

San Ildefonso, llamado «capellán y fiel notario de María», murió el 23 de enero del año 667. Fue sepultado en la basílica de Santa Leocadia de Toledo. Más tarde sus restos fueron trasladados a Zamora. Justo el 23 de enero se celebra su fiesta.



**Oración colecta** : Dios todopoderoso, que hiciste a san Ildefonso insigne defensor de la virginidad de María, concede a los que creemos en este privilegio de la Madre de tu Hijo sentirnos amparados por su poderosa y materna intercesión. Por nuestro Señor Jesucristo.